

DE CÓMO DESCUBRÍ QUE NO EXISTO¹

Germán Cáceres

En estos doce cuentos, Cyl Gallindo (escritor brasileño, miembro de la Academia de Letras del Brasil y uno de los editores de la revista *Francachela*) concreta, mediante su prosa precisa y fluida —impecable la traducción de Jorge Ariel Madrazo—, una pintura naturalista de la realidad brasileña, y le insufla, en forma original y con sólido oficio literario, un soplo maravilloso y connotaciones mágicas. Así, en el relato “De cómo descubrí que no existo”, que da título al volumen, el fantasma del protagonista visita por última vez su casa para clamar, con comentarios no exentos de humor, su feroz misoginia.

Otro de los temas de esta antología son las insuperables y sórdidas relaciones familiares (y, por supuesto, una visión amarga del matrimonio): en “Mamá se comió mi vida” desarrolla un desgarrador relato sobre la educación represiva ejercida por ciertos padres, y las fatales consecuencias que sufren sus hijos en la adultez, entre ellas un vacío existencial (“Y los días entraban por la puerta del frente y salían por la puerta de atrás, de modo inexorable”).

“La visitante nocturna” denuncia tanto la miseria del Nordeste brasileño como la pobreza del bello Río de Janeiro. Es un crudo registro de una sociedad violenta que reclama un cambio, y en la cual el personaje encuentra como refugio acudir a fantasías imposibles: “Tengo la imagen total de una mejor almacenada en mis sueños”. Esta propuesta se acentúa en “Empaquetado de miedo”, en el que se condena un “sistema político que sólo valoriza a quien posee valores materiales”, en medio de un clima de intenso suspenso en torno a dos hermanos que discrepan sobre cuestiones políticas.

Y la crítica social se mantiene incólume en “El casamiento de tía Lotita”, en donde a través del traspie amoroso de una solterona, se descubre el velo que tapa la ignominia de robos y asesinatos que se ocultan tras el poder y el dinero. Y, cómo siempre, son golpeados los indefensos, por ejemplo los niños, que “son castigados cuando se equivocan, no así los adultos”.

Nuestro narrador no duda en señalar de manera descarnada el sufrimiento humano y, en “Un muerto colmado de razón”, ocurre un suicidio frustrado cuyo responsable no quiere salvarse (“Entiérrenme, por favor, para ver si escapo”), no obstante escuchar los potentes reclamos de su instinto de conservación. Asimismo revela su crudo escepticismo hacia un más allá que compensaría las inequidades padecidas en la Tierra: “El alma permitió la invención de la vida eterna, y del misterio, y de su misma inmoralidad”.



Hay conductas aberrantes y disipadas que van allá de cualquier límite en “Cuánto pesa el alma de una mujer” y “Cuanto pesa el alma de un hombre”: el primero es de un pronunciado erotismo, mientras que en el segundo un individuo goza con la humillación que soporta por causa de un traumático complejo de Edipo. El autor refleja con profundidad los abismos extremos a que puede arribar el ser humano.

Parece que ningún tema o recurso expresivo escapa a la sensibilidad de Gallindo, y, en “El segador”, un remate inesperado cumple con la precognición anunciada en el curso del cuento. Su amplio registro le permite, en “Maldición silenciosa”, penetrar en la piel y las pasiones de los habitantes del brutal sertón y sumergirse, además, en el género fantástico.

“Debería producirse una celebración adánica capaz de unir los principios de Noé y de Rama para reactivar el punto, la línea y el círculo”, se postula en “La marca de la serpiente”, en una de las tantas reflexiones acerca del sentido de la vida, la que se cuestiona, también, en “Así en la Tierra...”, que narra cómo una víctima de la injusticia social prorrumpe en un descarnado soliloquio hasta derrumbarse en la misantropía: “El individuo debe trabajar para mantenerse y pagar la pensión carísima que el Estado le cobra por la supervivencia”.

De cómo descubrí que no existo es un texto de calidad superlativa, ante el cual el lector no puede menos que evocar la gran literatura brasileña, que ostenta, entre otros, a maestros de la talla de Euclides da Cunha, João Guimarães Rosa y Clarice Lispector. ☒

Germán Cáceres. Escritor argentino. Entre sus libros, pueden citarse *El checo, la gigante y el enano* (1974), *Cuentos para mocosos y purretes* (1980), *Los pintores mueren del corazón* (1985), *Matar una vez* (1992), *Sóñar el paraíso* (1996), *Vamos a Manhattan* (1999) y *Entre dibujos, marionetas y píxeles* (2004). Colabora con la Fundación Ciudad de Arena dedicada a la difusión del género fantástico y con varios medios impresos y publicaciones virtuales. En 1997 fue incluido en la antología *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo*, de Editorial Vinciguerra. Ha recibido diversos reconocimientos de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y en 2002 fue premiado en el concurso de cuentos “Atanas Mandadjiev”, celebrado en Bulgaria, por lo que se le otorgó el título de Gran Maestro del Relato Policial.

¹ Prólogo del libro *De cómo descubrí que no existo*, de Cyl Gallindo, Editorial Francachela, Colección Cicla N° 3, Buenos Aires, 2007.